DÍA VEINTE Y OCHO

CONSIDERACIONES SOBRE MARÍA MODELO DE HUMILDAD [1]

No hay cosa más admirable que la humildad de la Virgen Santísima. Esa humildad se manifiesta: 1° en su conducta cuando las palabras del Angel; 2° en su silencio sobre el gran misterio de que ella es objeto; 3° en su amor por la oscuridad.

Punto I°. — La humildad de María se manifiesta cuando las palabras del Angel: « Dios te » salve, María, llena eres de gracia, el Señor es « contigo, bendita tú eres entre todas las » mujeres. Y ella, habiendo oído se turbó con » tales palabras, y pensaba en sí misma qué » podía ser aquella salutación. » Observan los comentadores que María no se turbó con la vista del Angel, sino de sus palabras, no entendiendo cuál pudiera ser la celebridad que la anuncia el Angel, y que la eleva, siendo una pobre joven, por encima de todas las mujeres del género humano.

¿No os ha sucedido alguna vez ver á un alma

1. Sacadas de A. Nicolás

de un mérito que ella ignora, expuesta de repente á un concierto de alabanzas que ella no esperaba, y que sólo ella no comprende? ¡ Qué sorpresa! ¡ qué deslumbramiento! ¡ que turbación conmovedora no infunde á su modestia! Figuraos pues á María, que se tiene á sí misma por la última de las criaturas, y á quien saluda el ángel como llena de gracia y bendita entre todas las mujeres. ¡ qué turbación y trastorno en todo su ser! Suelen las injurias trastornar á los hombres, porque se disimulan á sí mismos sus faltas, las miran lo menos posible, están engreídos de su supuesto mérito, pregonándolo con frecuencia; pero María, absorta siempre en su nada ante Dios, no podía perturbarse sino con las alabanzas. Era tan sencilla su humildad, que ni aún había tenido el orgullo de combatir; y por eso le parece tan extraordinaria y sorprendente la idea de grandeza que las palabras del Angel ofrecen á su entendimiento. Si semejante epitalamio se dirigera á la hija de Caifás, *no pensara mucho tiempo en sus adentros qué podía ser aquella salutación,* desde luego aceptara el honor, y resonara en su pecho esta palabra de complacencia: ¡ Dios mío, qué fausto acontecimiento! Así pues, la primera vez que la Virgen santa nos es manifestada, es su humildad la que arrebata nuestra admiración.

Punto II°. La humildad de María se manifiesta en su silencio sobre el gran misterio de que ella es objeto. Acaba de ver á un

ángel, oye que la proclama bendita entre todas las mujeres, sabe ahora el secreto de Dios, el cumplimiento de todas la promesas, el advenimiento de todas las antiguas esperanzas de Israel, la salvación del universo; en ella se le anuncia que se va á realizar tan gran portento por el mayor y más glorioso de los prodigios. Sin dejar de ser virgen, ella es madre, y madre de Dios, santuario del Espíritu Sante, esposa del Altísimo, tabernáculo vivo y tres veces santo; y sus labios guardan el silencio, y su fisonomía no revela, ni aún con la más leve emoción, ese misterio en que estriban los destinos del mundo, y que ella encierra en sí. Después como antes, atiende á las vulgares necesidades de su condición, no la encuentran sus compañeras menos humilde, ni menos sumisa su esposo José, todos la ven tan plácida, tan sencilla y diaria.

El Dios recóndito en su seno será un día revelado al mundo; el cielo, los ángeles, las estrellas pregonarán su nacimiento y su gloria; los justos y los profetas le recibirán en sus templos, los apóstoles y los portentos del cielo y de la tierra serán los heraldos que publicarán su obra hasta los extremos del universo; todos los grandes, todos los santos, todos los sabios, todos los reyes, todas las naciones le rendirán homenaje y servirán su grandeza; María lo sabe, pues se lo anunció el Angel; luego pondrá el Espíritu Santo esa profecía en sus labios,

sin quebrantar su discreción, y María guarda el silencio..... Y lo guardará todavía, y lo guardará mucho tiempo después que tantas señales hayan hablado y manifestado el misterio. ¡ Oh silencio ! ¡ Oh humildad ! ¡ Oh magnánima discreción verdaderamente digna de un Dios humillado!

Esa humildad alcanza hasta el heroísmo, si consideramos dos circunstancias que debían al parecer obligarla á hablar, y eximirla de toda discreción : la primera, cuando su esposo José, ignorando el misterio de la Encarnación, concibe infamantes sospechas con respecto á ella, y piensa en repudiarla; la segunda, cuando su prima Isabel se confunde en su presencia, y la proclama madre de Dios. En la primera circunstancia, ¿quien no admirará la heroica humildad de María, pues que, siendo madre del Santo de los santos que mora en su entrañas, siendo virgen hasta oponer su amor por la virginidad al honor de la maternidad divina, ve que incurre en el más hondo desprecio de su casto esposo? Bastara una palabra para evitarla, pero esa palabra la ensalzara demasiado en la admiración de José, revelara el secreto del cielo, la haría testigo de su propia causa, y por humildad, por discreción y confianza en Dios, María guarda el silencio, dejando más bien que mande Dios un ángel para participar á José el misterio de su gloriosa inocencia, y recibiendo luego del celestial mensajero la más

justa, la más noble, la más santa justificación.

En la segunda circunstancia, la discreción de María se halla á prueba no ya de la vergüenza, sino de la gloria. Va María á visitar á su prima Isabel, y en esa diligencia, se olvida de toda precedencia de rango y condición, del espacio que separa á su divino Hijo de su precursor que la separa también á ella de Isabel. Ella es hija de los reyes de Judá, su hijo del Altísimo, y el hijo de Isabel no será digno de desatar la ligadura de su calzado; pero la humildad no permite á María el pararse en esas consideraciones que ni aún se ofrecen á su mente. Al llegar al término de su viaje se concreta María á saludar á Isabel, dejando que el Espíritu Santo revele su maternidad divina, y sin mencionar el acontecimiento, remite en manos de Dios toda su gloria.

Punto III°. El amor particular que, á ejemplo de su divino Hijo, tiene María por la humildad, se manifiesta igualmente en un rasgo esencial de su vida, esto es, en la oscuridad.

¿No es cosa extraña que no se haga mención de la Virgen santa en ninguna parte, ni en ninguna circunstancia de la vida de Jesucristo? Mientras que Jesús recorría la Judea, predicando y embelesando las multitudes ansiosas de oírle, mientras que manifestando su omnipotencia para afirmar su divinidad, multiplicaba los portentos, proclamando el pueblo entusiasmado: *Un gran profeta apareció entre nosotros;* mientras que, dejando rebosar de su corazón parte de la caridad infinita que le había atraído á la tierra, curaba á los enfermos, devolvía el oído á los sordos, la vista á los ciegos, la palabra á los mudos, y obligaba hasta á sus enemigos á confesar que *nadie jamás había obrado tan grandes cosas*, ¿dónde estaba entonces la madre de Jesús! ¡Qué homenajes, qué rendimientos no le tributaran aquellas multitudes que decían de su hijo: « Dichosas las entrañas que te llevaron, y los pechos que te amamantaron! » María estaba ausente, siguiendo en la vida pobre y olvidada, feliz en su oscuridad.

Ya dejará sin embargo su amada soledad, ya se mostrará, y la veremos al lado de su Hijo. Cuando los días de triunfo hayan cedido á los días de ignominia; cuando después de tanta admiración resuenen gritos de muerte, entonces aparecerá para recibir junto á su divino Hijo ultraje y oprobio. Nadie la vió en el Thabor, pero sí la verán al pie de la cruz. Nadie la vió en la entrada triunfante de su Hijo en Jerusalén, pero sí en el camino del Calvario. Después de la resurección, ninguna impaciencia, ningún entusiasmo, y ni aún parece regocijarse del triunfo de su divino Hijo; después de la ascensión, su encierra en el Cenáculo con toda sencillez, sin apetecer miramientos ni privilegios, y tanto se retrae, que viene nombrada la última entre las personas que espera-

ban al Espíritu Santo: *Et erant perseverantes cum mulieribus et* matre Jesu [1].

Así pues, jamás María deja de ser humilde, á prueba siempre del desprecio, como de la gloria, es esa humildad tanto más admirable, cuanto que va junta con la plenitud de la gracia, con la plenitud del mérito y con la plenitud de los honores.

Y á esa triple plenitud de gloria, de méritos y gracias, María añade una humildad más admirable que todas las glorias, que todos los méritos y gracias, siendo más bien esa humildad fuente de toda gracia, mérito y gloria.

1° Plenitud de la gracia. La grandeza de los santos consta de las gracias que reciben y de la fidelidad con que á ellas corresponden, y por otra parte, las gracias que reciben son en razón de la funciones á que Dios los predestina. Predestinada María á la función más eminente, al sublime ministerio de madre de Dios, debió recibir gracias especiales en relación con tan augusta predestinación, gracias extraordinarias ó por mejor decir, la plenitud de las gracias; de modo que la gracia que hace á los santos é hizo á los ángeles, rebosaba en María con tanta abundancia que no tenía otra expresión, aún en el lenguaje del cielo, que la de plenitud: *Ave gratia plena.*

2° Plenitud de méritos: por grande que

1. Act., I, 14.

fuera la gracia en María, no la eximía de todo esfuerzo personal; ella creció en gracias por la fidelidad, lo mismo que nosotros. Logró una gracia primera, y luego otra, mereciendo ésta por el buen uso que hiciera de aquélla. Ella era un agente moral, cual los demás santos; anduvo como ellos de gracia en gracia, de mérito en mérito, hasta merecer un día ser elevada á la dignidad de madre de Dios, y es ese mérito, no menos que esa gracia, el que es objeto del culto que le tributamos, cual lo canta la Iglesia: *Regina cœli lætare, quia quem mernisti portare.* Así pues, la divina maternidad de María, más bien que un honor, es fruto de su mérito.

3° Plenitud de honor. Dios es fuente de toda grandeza, siendo la grandeza misma; cuanto más se aproxima una alma á Dios, más grande es. Pues bien, ¿quién jamás se aproximó más á Dios, y se unió con Dios más estrechamente que María? La unión de María con Dios, es la unión de la madre con su fruto, el cual vive en su seno y de su seno y es parte de ella misma; la misma sangre circulaba en María por ella y por Jesús; el mismo corazón ejecutaba sus pulsaciones, el mismo soplo alimentaba su llama, en fin la misma carne, dice san Agustin, era la carne de María y de Jesús: *Caro Christi, caro Mariæ.* ¿De qué divinidad, si así me atrevo á decirlo, no debía ser penetrada esa carne de María, á quien regaba y perfumaba la sangre de un Dios? Sin duda, María no es Dios, pero

á no ser Dios, ¿quién jamás pudo aproximarse más á la Divinidad? Pues bien, comparémonos á tan divino dechado; comparemos nuestras miserias con sus grandezas, nuestras iniquidades con sus virtudes, y comprendiendo lo necio de nuestra vanidad, comprendamos cada uno de nosotros el deber de la humildad.

¡Oh María! la más humilde de las criaturas, y la más pura de la vírgenes, tú que confesando tu bajeza, atrajiste á ti la misma Divinidad, haz que entendamos bien que sólo por la humildad nos será dado elevarnos á Dios, y unirnos con él en el tiempo y en la eternidad. Amén.

EJERCICIO

Sufrir por amor de Jesús y María las faltas de miramientos, las palabras que zahieren, las humillaciones de cualquiera género que sean, y de cualquiera parte que nos vengan.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Estudiando á los santos ès cómo se conoce más la humildad, y los ejemplos nos la darán á conocer más bien que los discursos más elocuentes.

Ejemplos : el zuavo trapense [1]. — Hace unos años se presentó un soldado al prior de los trapenses de Staouéli, declarándole que siendo militar en un regimiento de zuavos, estaba para recibir la licencia

1. Extracto del *Moniteur de l'armée.*

aquellos días; declaró también que habiendo salido de una acción empeñadísima herido gravemente en la cabeza, se halló muchos días entre vida y muerte, y en tal extremo, había hecho voto que, si volvía á la salud sin poder seguir la carrera militar se consagraría á Dios para siempre.

Recibióle el prior con mucho miramiento, y le exhortó á que volviera unos días más tarde. En el ínterin, tomó sobre el los informes más circunstanciados, los cuales fueron satisfactorios bajos todos conceptos.

Volvió el zuavo el día de la cita, y el prior le interrogó detenidamente, preguntándole si era verdadera su vocación, si estaba pronto para sufrir todas las privaciones, resignado á aguantar sin quejarse las pruebas más crueles, sin poner su confianza más que en Dios para ser juzgado. A todo contestó el soldado afirmativamente.

Al día siguiente por la mañana, convocó el prior la comunidad en la capilla, y dirigió á sus hermanos reunidos este extraño discurso : « Hermanos, aquí tenéis un recién venido del mundo ; un soldado indigno que escandalizó largos años al ejército con su mala conducta y su poco valor. Viene aquí pidiendo un refugio donde pueda reparar en el seno de Dios los desórdenes de su pasada vida. Reflexionad pues sobre el asunto, y mañana á estas horas me comunicaréis el resultado de vuestras reflexiones. »

Estaba el forastero, durante ese dircurso, arrodillado en las baldosas de la capilla, rogando á Dios con fervor. Brotaban lágrimas de sus ojos, y como por un movimiento convulsivo, pasaba la mano derecha sobre una herida á penas cicatrizada que se le veía en la frente. Pasó en oración todo el día y parte de la noche. Al amanecer, se reunieron otra vez los religiosos en la capilla, y el prior, como al víspera, tomó la palabra y les dirigió la siguiente alocución :

« Hermanos, aquí tenéis no sólo el soldado más valiente y más digno, con su noble cicatriz en la frente, sino también el cristiano más humilde y virtuoso. Ayer, para someterlo ó dura prueba, pronuncié contra él las acusaciones más injustas ; él lo sufrió y aguantó todo, poniendo sólo en Dios su confianza, y esperando sólo de él una reparación merecida, dándonos así desde el primer día de su presencia, un ejemplo único de las grandes virtudes cristianas que requiere la vida monástica. En adelante el nuevo hermano que nos envía el cielo andará el primero de la comunidad para servirnos de ejemplo á todos. » El zuavo trapense vivió todavía cuatro años, edificando á la comunidad con su piedad profunda.

Hace unos años, en la parroquia de San Sulpicio en París, donde las funciones de la religión se celebran con notable brillo, varios niños de la doctrina (la que prepara más directamente para la primera comunión) habían sido designados para asistir á la procesión del Santísimo, en nombre de todos los demás, y como diputados. Era cabalmente el día siguiente al día en que el director del catecismo les había predicado sobre la humildad, dándoles como ejemplo la humildad de María. Sus puestos reservados junto al palio les permitirían aproximarse más al Señor, y recibir más inmediatamente por decirlo así, su bendición. Se les exhortó á que se presentasen con el vestido más decente. Un niño de familia rica y conocida participaba de la diputación, y su madre entró por la mañana en su cuarto para presenciar su *toilette* : « Madre, dijo el niño, yo quisiera ponerme hoy el vestido más sencillo, el de todos los días. — ¡ Cómo, ! hijito, no hagas disparates ; con que vas á acompañar al Santísimo ¡ y no te acuerdas de la recomendación que te

hicieron ! — ¿ Qué importa ? yo deseo ir vestido sencillamente. — Pero, hombre, dime por qué. — Yo no puedo decíroslo, madre, pero estoy seguro de que me aprobaríais, si lo supierais. — Con que tu tienes cosas ocultas para tu madre. — Pues bien madre, este es el caso : se me ocurrió que será más agradable á Jesús que yo no me presente con los niños ricos, y le rinda homenaje con los pobres ; me parece que su mirada se dirigirá más hacia ellos ; ¿ consentís en ello ? es una buena ocasión para hacer un acto de humildad. » La madre abrazó á su hijo conmovida, y le permitió que hiciera á su gusto (El abate Postel. *Buen Angel de la primera comunión.)*

Humildad de un fraile lego. — Hace unos cuantos años, presentóse un joven á la Trapa, solicitando el favor de ser admitido en ella. Recibióle el padre abad, y después de considerarlo, lo admitió como novicio. Mandóle que dejara allí su reloj, pues en la comunidad nadie posee cosa alguna, siendo la regla un desprendimiento absoluto. Hízolo el joven deponiendo su reloj encima de la chimenea, y siguió al reverendo padre, que lo llevó al noviciado. Después de unos momentos de ausencia, volvió el padre á su celda, y quedó admirado al no encontrar el reloj que allí había dejado. Pues ¿ qué se hizo ? ¿ quién tocó á aquel objeto ? Llama al administrador, le pregunta, contesta el administrador que él no había entrado en la celda, ni visto reloj alguno. Preguntan á todos los hermanos unos tras otros, ninguno vió el reloj, y ninguno sabe nada. No sabe el buen padre qué pensar, no puede sospechar de nadie, ni se atreve, y sin embargo, uno de los hermanos miente pues es claro que uno de ellos echó mano al reloj. Todos están presentes, y se procede á una visita de todas las celdas y á una presquisa minuciosa. Celdas y ropa de los hermanos, todo

se registra, pero sin resultado; no quedaba por visitar, más que el alojamiento del hermano guardián, el cual era reputado y venerado como santo, y por gozar de esa fama de santidad, no se le había interrogado.

Registraron sus cosas, ¡ y cuál no fué la admiración y disgusto del prior al encontrar el dichoso reloj oculto debajo de un moutón de trapos ! Vuelve en el acto á la sala donde reunidos estaban todos los hermanos, llama al culpado, y sin otro preámbulo le condena á pasar lo restante de su vida á pan y agua en una especie de capillita, á lo más apartado del jardín. Sin pronunciar una palabra, con la cabeza baja en señal de obediencia, el lego se restituye al lugar designado. Allí permanecía hacia catorce años, cuando uno de los hermanos acude al prior y le dice sobresaltado : « Reverendo Padre, fray fulano está para morir, como ya lo sabéis, pero antes de irse al otro mundo, quiere reparar un gran daño. El es quien robó aquel reloj, y quien lo escondió, por no ser descubierto, en el armario del guardián y me encarga ahora á mí que os declare su delito. — Pues entonces, castigué yo á un inocente, y el que acusé de hipocresía es un santo ; voy de contado á repara esa falta. » Al entrar el prior en la capillita que servía de cárcel al pobre acusado, le cogió las manos, y le abrazó pidiéndole que le perdone. No atina el lego á qué alude todo eso. « Aquel reloj de antaño. — ¿ Qué reloj es ese ? — Pero ¿ por qué no os justificasteis ? — Pero si á mí nadie me acusó. — Es verdad, el culpado soy yo : pues bien, en nombre de lo santa obediencia, yo os mando que me impongáis la penitencia que tengáis por conveniente. — Reflexionó un instante el hermano, y luego dijo : En nombre de la santa obediencia, yo os prohibo hablar de este suceso antes de mi muerte. » Y en efecto, sólo después de su muerte se supo ese acto de humildad verdaderamente horoico.

DÍA VEINTE Y NUEVE

CONSIDERACIONES SOBRE EL AMOR DE MARIA POR JESUCRISTO

El amor de María por Nuestro Señor no tuvo nunca igual en el cielo ni en la tierra; probemos estudiar su naturaleza y efectos.

Punto I°[1]. — Naturaleza del amor de María por Jesucristo. Es ese amor algo tan elevado, tan profundo, tan misterioso, tan divino, en una palabra, que es inaccesible para la humana inteligencia. Un santo obispo nos dió de él grande idea con decir estas palabras : Para formar el amor de María, se juntaron dos amores en uno. — ¿Qué misterio es ése ? pregunta Bossuet, ¿ qué significa el conjunto de dos amores ? Significa que la Virgen Santísima tributaba á su hijo el amor que debia á Dios, y tributaba también á su Dios el amor que debía á su hijo. Si entendéis bien esas palabras, veréis que nada se puede pensar más grande, más sublime y excelso, para expresar el amor de la Virgen ; pues quiere decir el santo obispo que la naturaleza y la gracia concurren juntas para

1. Sacado de Bossuet.